

Fragmento de *San Pedro Chenalhó: Algo de su Historia, Cuentos y Costumbres*

Jacinto Arias

Este episodio en la historia a fines del siglo 19 y principios del 20 de San Pedro Chenalhó en los altos de Chiapas, es narrado por el escribano Manuel Arias. Como el cronista del pueblo, el escribano mantiene su historia y facilita la comunicación entre miembros de la comunidad y entre los pueblos y autoridades fuera de la comunidad. En este fragmento, habla de un escribiente que abusó de su poder y traicionó a su comunidad, un tema familiar en la historia de subjugación de las culturas nativas de América.

A lo largo de la dominación española los indios tuvieron que soportar el trato de niños que les daban los *kaxlanetik* (ladinos). La imagen del ladino patrón quedó entronizado en la persona de San Pedro Apóstol que es un gran *kaxlan* padre de los pedranos. San Pedro no es un dios nativo sino ladino. La relación entre el Santo Patrono y sus hijos cristaliza la que existió entre ladinos y nativos en los tiempos más difíciles cuando éstos se sintieron como pollos, puercos o perros, frente a aquéllos.

Durante mucho tiempo, después de la venida de los españoles, el territorio pedrano estuvo libre de las invasiones ladinas. Por 1850, según los títulos de compras que los pedranos hicieron de sus propias tierras al Gobierno, había nada más dos ranchos que estaban en las líneas mojoneras con Pantelhó y Tenejapa; por lo que muy probablemente las haciendas se establecieron en el territorio pedrano durante la jefatura política que estuvo en Larráinzar poco antes y durante el porfiriato. Fue entonces cuando los hijos de San Pedro empezaron a sentir más de cerca la esclavitud de parte de los dueños de las haciendas; fue cuando las tierras que poseían los trabajadores desde generaciones anteriores empezaron a ser baldías y ellos, mozos; entonces varios de ellos comenzaron a trabajar tres días a

la semana para el patrón con tal de que pudieran sembrar en las tierras que sus padres les habían dejado; o a servir de mozos para pagar las grandes deudas que tenían con el patrón.

El *lum*, la cabecera municipal, no había aceptado la residencia de los ladinos. Estos visitaban el pueblo sólo como comerciantes durante las fiestas, sábados y domingos; el resto del tiempo vivían en sus casas en *Jobel* (San Cristóbal). Las tierras que están alrededor del pueblo servían sólo para dar leña a las autoridades y demás personas que celebraban las fiestas de los santos; ningún ladino alegaba tener derechos sobre ellas como ahora.

Pero el porfiriato tuvo de aliado a Antonio Bótaz, un escribano que, lejos de ser defensor de su pueblo, se puso del lado de los ladinos. Por unos garrafones de trago, unos manojos de carne salada, unos cigarros y unas cuantas "tortillas ladinas," permitió que los comerciantes hicieran, primero, sus galeras para vender sus mercancías, luego, sus casas dentro del *lum*. Se profanó el pueblo, pero nadie protestaba porque Antonio Bótaz era muy temido; aventajaba a los ladinos en el maltrato a sus paisanos: al saludo reverente de inclinación de cabeza de los que pedían justicia respondía con los pies, en lugar de corresponder con la mano como es costumbre; abusaba de las mujeres de los que mandaba a la cárcel.

Jacinto Arias es Director del Departamento de Culturas Etnicas del Instituto Chiapaneco de Cultura del Estado de Chiapas. Se ha dedicado a la defensa de las culturas indígenas de Chiapas y en particular a la preservación de la lengua y su escritura. Recibió su doctorado en antropología de la Universidad de Princeton. Sus publicaciones incluyen El mundo numinoso de los mayas, y San Pedro Chenalhó: Algo de su Historia, Cuentos y Costumbres.

Antonio Bótaz supo dar más miedo a los ya temerosos paisanos suyos: “Si te alzas, si sigues hablando, si no obedeces lo que te digo, te irás muy lejos para no regresar jamás a tu casa,” decía a los acusados de cualquier delito. También en complicidad con el secretario de la presidencia José Aguilar Rodas, fue el que dio a los ladinos las parcelas de las orillas del pueblo.

Así los pedranos comenzaron a sentir enajenación del pedazo de tierra que les daba identidad, seguridad, protección; ya con temor se congregaban los domingos y días de fiesta; su ayuntamiento no había sido capaz de ser el baluarte, el fortín, del *lum*. Sí, anteriormente también era el secretario el que mandaba en el pueblo, pero no era lo mismo tener a un ladino que a varios que comenzaban a querer apoderarse de la auto-

ridad del pueblo; no era lo mismo recibir instrucciones del ladino que vivía en San Andrés o en San Cristóbal que ver pasearse altaneramente a varios de ellos en el corazón del mismo pueblo; tampoco era tan humillante para los regidores y los alguaciles cargar las maletas de ladinos transeúntes como cargar a las esposas e hijas de quienes recibían maltratos de diario.

Se sintió seguramente el pedrano abandonado por sus seres protectores. ¿Por qué, si eran dioses, no acababan con esas personas que los hacían sufrir? Acaso los dioses eran también débiles y temerosos como sus hijos? Sin embargo siguieron rezando sobre todo en las noches porque ésta, que esconde fuerzas imperceptibles, da valor al pedrano que se siente abandonado; rezaban y pedían valor a sus escribanos o decían a sus dioses:

Me muk' xavak'be stzatzal sjol yo'onik
ti boch'otik va'al tek'el avu'une, kajval,
ak'o yaluk tal, ak'o tz'ujuk tal avu'un
ti boch'o skotol sjol
skotol yo'on satilta sba
sva'lebin sba xchi'uk
ti sba avol, sba anich'one.

*Si a éstos no les diste
valor en sus corazones,
si no les diste
talento en sus cabezas,
que venga, que se levante de entre tus hijos,
alguno de corazón fuerte
para que se plante a los ladinos.*